

cia de la tierra; que, suponiendo que se necesiten diez litros de cerveza para emborrachar á un alemán, con la cerveza que se bebe al año en Londres hay para emborrachar dos veces al ejército alemán en pie de guerra; que poniendo una tras otra todas las reses que cada año se comen en Londres, se puede hacer una fila que atraviese toda la Europa desde el Estrecho de Gibraltar hasta la extremidad más septentrional de Rusia; que con las ostras que todos los años se engullen en Londres, se cubre todo el Campo de Marte de París, el Puente de Jena y la Plaza del Trocadero, y que por el Puente de Londres pasan todos los días unos veinte mil vehiculos...

A la mañana siguiente fui á ver el palacio de Cristal.



III

EL breve trayecto que media entre la estación de Vitoria y el palacio de Cristal ofrece la variedad de un largo viaje. Se pasa primero por entre otros trenes rapidísimos en un ancho puente que parece una plaza colgada sobre el Támesis, en las que las ruedas se cruzan con tal frecuencia que presentan una casi continua superficie de hierro. Se pasa junto al gran parque de Battersea. Después hay una serie de estaciones, de galerías, de talleres rodeados de cientos de casas de obreros que forman como pueblos dentro de la ciudad; todas las casas son de una sola forma y de un solo color, cada una con su pequeño huerto, y en todas partes enjambre de chiquillos. Después otros parques, osamentas de enormes edificios, bocetos de pequeñas ciudades, que estarán terminadas y habitadas dentro de pocos meses, almacenes, jardines, castillos, cementerios, y hasta

donde alcanza la vista, grandes montones de materiales de construcción que anuncian otras ciudades del porvenir. Debajo de los túneles, en la trabazón de los tejados, en las chimeneas, en los árboles y en la misma vía, hay una prodigiosa difusión de anuncios charlatanescos, que van á sobrepusar los unos á los otros como gritos de vendedores en un mercado, y dan al local el aspecto fantástico de un bazar que cubre toda una provincia.

Por fin se ve en lo alto de una colina la enorme mole del palacio de Cristal, que enseña á todo el condado de Kent la majestad delicada de sus bóvedas transparentes.

Por dentro es un único é inmenso salón. Á primera vista no se distingue nada. De un patio se pasa á un café, de un café á un bazar, de un bazar á un jardín, de un jardín á un museo. En medio de los cipreses, de los laureles, de los álces, de las palmeras y de todas las pomposas plantas de la zona tórrida, alargan el cuello las girafas y levantan la cabeza las estatuas de Miguel Ángel. Entre las esfinges de un patio egipcio se ve á lo lejos una casa griega con el grupo de Laocoonte y la Venus de Milo. De la casa griega se pasa á una romana, de

donde se espacia la vista en las misteriosas habitaciones de la Alhambra, y desde ésta se ve el interior de una casa de Pompeya. Al salir se pasa por entre unos grupos de tigres y leones que mordisquean aquí y allá, dos filas de águilas y papagayos, y se llega á un pórtico bizantino, desde donde, tras una hilera de puertas, se percibe el patio de una casa de la Edad Media, la sala de un palacio del Renacimiento, la capilla de una iglesia gótica.

Se camina entre monumentos sepulcrales, fuentes, puertas historiadas y todas las obras maestras de la escultura moderna, y se llega en medio de un gentío inmenso á la puerta de un teatro donde se representa *Il Trovatore*. Un poco más lejos se ve, á un lado, una orquesta de tres mil profesores bajo una media naranja como dos veces la de la catedral de San Pablo, y al lado opuesto un escenario donde un profesor da lecciones de matemáticas. Se pasa por delante de teatros, de cámaras oscuras, de circo, y se entra en un laberinto de grandes bazares en forma de templos y kioscos en los que están expuestos los más espléndidos productos de todos los países, desde el Cairo hasta Birmingham y desde París á

Pekin. Se pasan corredores de bibliotecas, entre largas filas de pianos, de carruajes, de muebles y vasos de flores, para ir á perderse entre los árboles y las cavernas de un bosque poblado de salvajes de África ó de Oceanía, desparramados en la caza de fieras, reunidos en familia en torno del hogar ó apostados detrás de las piedras en actitud de hacer la puntería con sus flechas. Se sube por una escalera: delante de nosotros se extienden galerías hasta perderse de vista, donde se puede andar algunas millas entre cuadros al óleo, acuarelas, fotografías y bustos de personajes célebres. Sobre éstas hay otras galerías que dan mil vueltas, desde las que, al mirar afuera, se abraza de una ojeada la bella campiña del condado de Kent; mirando abajo, todo aquel fantástico giro de salas, de jardines, de patios, de teatros, de hosterías; la gente que sube, baja y se amontona en los teatros y aparece y desaparece entre los árboles y las estatuas; y sobre aquella prodigiosa variedad de formas, de colores y de espectáculos, sobre aquel mundo en compendio sobre el cual se encorva un cielo de cristal, la luz del sol que brota en saetas de todas partes, proyectando iris y relámpa-

gos y lluvia de chispas de plata quebrándose en las paredes y en las azuladas bóvedas.

*
*
*

Al volver á Londres me sucedió un caso que me hizo deplorar amargamente el no saber inglés. En el vagón había un señor que fumaba en pipa; yo encendi el último cigarro virginia del resto de un mazo que había traído de París. Apenas lo había encendido cuando entró una señora. Yo me dirijo á ella en actitud de preguntar si la incomodaba el humo; ella me contestó algunas palabras en inglés, que por la expresión de su rostro comprendí que significaban:—Sí, me incomoda.—Reúno todas mis fuerzas para el sacrificio, y arrojo el cigarro por la ventana. Aún no había caído en tierra, cuando el hombre de la pipa me detuvo el brazo y me hizo comprender en francés que la señora había contestado que, *por el contrario*, le gustaba el humo. Yo miré la ventanilla, mi mano vacía, la señora que se estaba riendo, y «sentí algo así como la muerte».

*
*
*

Llegado á Londres, fui á la Abadía de Westminster, que es la *Santa Croce* de la Inglaterra.

Al entrar en aquella iglesia, si se estuviera solo, se inclinaria la frente hasta las losas.

Un panteón de aquella naturaleza es un inmenso argumento de mármol en favor de la inmortalidad del alma.

Apenas se entra, se alzan los ojos á los elevadísimos agudos arcos de las bóvedas y luego se pasean sobre el pueblo de estatuas que nos rodea.

Allí los grandes hombres aparecen y se esconden. Á los primeros pasos se encuentra á Pitt, á Pálmerston, á Robert Peel; digna vanguardia de la legión. En un rincón está Pasquale Paoli. Los simulacros de las glorias supremas se mezclan con las de las glorias menores, y en vez de obscurecerlas, las iluminan. Es un panteón divinamente democrático. Los grandes príncipes duermen al lado de los grandes poetas. Junto á Shakespeare está un pedagogo: Andrés Bell. Junto á Newton, un abanderado. Entre dos almirantes victoriosos, Garrick, el actor que se presenta entre las cortinas del telón con la sonrisa en los la-

bios. Entre una multitud de chambelanes, de abades y de ministros, en medio de los que se pasa con indiferencia, se encuentran las imágenes queridas y gloriosas que hacen latir el corazón como amigos encontrados en país desconocido: Gray, Milton, Goldsmith, Thomson, Thakeray, Addison, y el último, querido y llorado como los más grandes, Carlos Dickens. En medio de los famosos capitanes que ensangrentaron la tierra y el mar, brilla la gloria inmaculada y serena de los grandes bienhechores: los apóstoles de la abolición de la esclavitud: Hanway, el filántropo Wintringham, el médico James Watt, el inventor de la máquina de vapor. Al lado de la grandeza fulgurante del genio, la grandeza austera de las almas íntegras, de los caracteres indómitos y de las largas vidas empleadas en pacientes trabajos é ignorados sacrificios.

Pero, ¡qué diversos pensamientos surgen en aquellas capillas revestidas de maravillosos bordados de piedra, donde se camina por entre los sepulcros de los príncipes, entre los recuerdos del poderío y de las desventuras de siete ramas de reyes! Si toda la sangre que hicieron correr el puñal ó el hacha, de las venas de las personas

sepultadas entre la tumba de Enrique VII y la de Eduardo el Confesor, brotase de repente en el santuario, no quedaría ni un palmo de mármol sin mancha. María Estuardo, lord Stafford, el marido de Ana, duquesa de Somerset, decapitados; Tomás Tyrme, asesinado; Aymer de Valenza, conde de Pembroct, asesinado; Tomás de Woodstock, duque de Salisbury, asesinado; Ricardo II, asesinado; Eduardo V y su hermano el duque de York, los desgraciados hijos de Eduardo, asesinados; el duque de Buckingham, asesinado; Spencer Perceval, canciller del Tesoro, asesinado, y Nicolás Bagenall, ahogado en la cuna por la nodriza...

Después de ver las capillas, aproveché un momento en que el guarda miraba á otro lado para sentarme en el viejo trono del rey de Escocia, y después toqué con la mano la piedra donde el patriarca Jacob reclinó la cabeza cuando tuvo la visión divina.

*
* *

El que no ha visto llover en Londres, no ha visto á Londres, y yo tuve este placer la mañana que fui á ver el túnel de debajo del Támesis.

Entonces comprendí cómo con aquel tiempo le pueden dar á uno tentaciones de pegarse un tiro. Las casas gotean como si sudasen; el agua no parece que cae sólo del cielo, sino que brota de las paredes y de la tierra; los colores oscuros de las casas se vuelven más sombríos, y toman una apariencia oleosa; las entradas de las callejas parecen bocas de cavernas; todo parece sucio, lúgubre, mohoso, siniestro; no se sabe á dónde volver los ojos para no ver algo desagradable; se sienten escalofríos que hacen el efecto de ataques imprevistos de una enfermedad; se experimenta una sensación molesta de cansancio, un aburrimiento de todo, un deseo inexplicable de desaparecer como un relámpago de este fastidioso mundo.

*
* *

Mientras pensaba en esto, desaparecí verdaderamente del mundo, bajando por una escalera de caracol iluminada, que se hunde en la tierra, á la orilla izquierda del Támesis, frente á la torre de Londres. Bajé y bajé entre dos paredes ásperas, hasta que me encontré delante de la abertura

redonda del gigantesco tubo de hierro que serpentea como una gran tripa en el enorme vientre del río. El interior de este tubo parece un corredor subterráneo cuyo fin no se ve. Está alumbrado por una fila de faroles que se pierde de vista y que despiden una luz velada, como las lámparas sepulcrales; el ambiente es nebuloso; se anda largo espacio sin encontrar á nadie; las paredes gotean como los muros de un acueducto; el pavimento se mueve debajo de los pies como la cubierta de un buque; los pasos y las voces de la gente que viene en sentido contrario, suenan con sonidos cavernosos y se oyen antes que se vea á nadie; las personas, desde lejos, parecen grandes sombras; hay, en fin, un no sé qué de misterioso, que sin dar miedo, despierta vaga inquietud en el corazón. Cuando se llega al medio y no se ve el fin de un lado ni de otro, y reina un silencio de catacumba y no se sabe aún cuánto queda que andar, y se piensa que se está debajo del agua y en la profundidad oscura del río donde espiran los suicidas, y que los buques pasan sobre nuestra cabeza, y que si se abriese una grieta en la pared, ni aun habría tiempo para encomendar el alma á

Dios, en aquel momento... ¡Oh, qué hermoso parece el sol!

Creo que había andado poco menos de una milla cuando llegué á la embocadura opuesta en la orilla izquierda del Támesis; subí por una escalera igual á la otra y salí delante de la Torre de Londres.

*
* *

Estos monumentos execrables de la crueldad y de la desventura humanas, me inspiraron siempre una repulsión más fuerte que la curiosidad; pero recordando los nombres de los que murieron dentro de aquellos muros, me sentí obligado á entrar.

Apenas traspasado el primer recinto, acuden en tropel los recuerdos terribles. El castillo, construido en forma de pentágono, está coronado por ocho torres, cada una de las cuales recuerda un prisionero famoso y una muerte lamentable. En una fueron asesinados los hijos de Eduardo IV, en otra asesinado Enrique VI, en la tercera ahogado en un tonel el duque de Clarence, hermano de Eduardo VI. En la torre de las Campanas fué encerrada la reina Isabel; en la de Beuchamp, pasó los últimos días

de su vida Ana Bolena; en la de los Ladriillos, Juana Grey. Á los pocos pasos se llega á la plazoleta de los suplicios secretos, donde, entre otras muchas victimas, fué decapitada Juana Grey. Á corta distancia está la pequeña iglesia donde se hallan sepultados Ana Bolena, Roberto Devereux, Catalina Howard y otros que fueron envenenados, acuchillados ó despedazados en los calabozos secretos.

Las escaleras, estrechas y de bóvedas aplastadas, conducen á grandes salas escuetas, á largos corredores semiobscuros, á celdas siniestras, á aquellas sepulturas de vivos donde se arrancaron los cabellos ó se destrozaron la cabeza contra las paredes tantos infelices, dementes por la desesperación. La mente se aparta algo de aquellos pensamientos en medio de las espléndidas armaduras de los reyes y de los principes, coleccionadas en las salas bajas; y vuelve á ellos al ver el horrible calabozo secreto donde Walter Raleigh, el favorito de Isabel, languideció doce años; el hacha y el cepo, aún manchado de sangre, donde se cortó la cabeza á centenares de prisioneros de la Torre; los instrumentos todavía intactos, con los que se destrozaban las

carnes y se trituraban los huesos, sin producir la muerte. Se oyen y se ven con el pensamiento, andando por aquel maldito edificio, gritos que se escapan á una criatura humana al sentir que huye la vida, gemidos que horrorizan, actitudes, palabras suplicantes que parten el corazón y resistencias sobrehumanas de los que no quieren morir, todo ello girando por entre los rincones de aquel maldito edificio.

En una sala apartada, dentro de un gran escaparate de cristal protegido por una red de alambre, se ve un montón de cetros, de diademas, de brazaletes que brillan como un haz de luz eléctrica: son los diamantes de la corona de Inglaterra que, en conjunto, representan el valor de setenta y cinco millones de pesetas.

*
**

Al salir de la Torre de Londres, ví por primera vez en una cervecería á un borracho de *gin*. Me causó horror. No creía que la embriaguez pudiera desfigurar á un hombre de aquel modo. De nuestros bebedores de vino, disparatadamente alegres ó caídos de sueño, casi se puede decir que son agra-

dables á la vista en comparación de aquellos hombres con el rostro demudado y convulso, cubiertos de palidez mortal, con expresión de enfermos ó de locos y los ojos abiertos y fijos como los ojos de los muertos. Se ve todavía á aquellos desgraciados beber aún á tragos aquel licor terrible, extremecerse como heridos del rayo, pegar con la cabeza contra las mesas y las paredes, y ensangrentarse la cara; y los presentes... asistir á la escena riendo.

*
* *

Una cosa que me compensaba del asqueroso espectáculo de los borraehos, era la vista de los niños, de aquellos queridos niños ingleses que gozan con razón la fama de ser los más hermosos y los más frescos del mundo. Se ven cabelleras de todos los matices del rubio, desde el color de oro de la libra esterlina hasta el amarillo plomo ceniciento de la seda más clara y del color de las frescas cabelleras de maíz; melenas que cuelgan sobre los hombros y que despiertan tentaciones de darles al pasar un tijeretazo. Mejillas de todas las gradaciones de color de rosa, desde las

hojas pálidas que visten exteriormente las flores, á las hojitas voluptuosas que tienen amorios con el pistilo; boquitas tan purpúreas que es maravilla que no las vayan á picar los pájaros; pupilas celestes y tonos puros y cándidos capaces de avergonzar á los angelitos que revolotean en torno de las Concepciones de Murillo. Si no he robado un brazado de aquellos niños, fué porque no supe dónde meterlo.

Pero no tuve fuerza para resistir á otra tentación. Un día, en Green-Park, cogí á uno que pasó á tiro, y le di tantos besos, que le quité el aliento, y al devolverlo á la niñera que acudía á salvarle, hice un gesto suplicante, como diciendo:—Dispense, pero ¡tenía tanta necesidad!

*
* *

Los niños me hacen recordar la célebre exposición de figuras de la señora Tussand. No me arrepentí de haber estado, pero experimenté una sensación más penosa que agradable. Apenas hube entrado, me encontré delante del cadáver de Napoleón III tendido en el lecho con gran uniforme de mariscal, tan admirablemente imitado, que

sentí repugnancia al acercarme. Al mirarlo, vi con el rabo del ojo que á mi lado había un caballero en actitud dolorosa; me volví, le miré fijamente y me eché atrás: era Pietri—de cera—vestido de negro y erguido entre la gente como un espectro.

En la gran sala real, donde hay centenares de reyes, reinas, generales y cortes enteras de Inglaterra y de España, con sus espléndidos trajes de época, respiré con más libertad. Dando la vuelta al trono de un rey de Aragón, tropecé con Thiers; anduve entre el Emperador Guillermo y el Príncipe Federico Carlos y pasé delante de Julio Favre y de Bismarck, que discutían con mucho calor en un rincón. Pasé al vuelo por la sala de la colección de los más famosos malhechores de Inglaterra. Aquellas caras de cretinos feroces, aquellas actitudes reservadas, aquellas ropas manchadas de sangre, en la media obscuridad que casi no deja notar la ficción, me dieron horror. Si en aquel momento cualquiera hubiera dado un grito detrás de una cortina, hubiese creído que uno de aquellos asesinos le había clavado un cuchillo en el corazón.

*
* *

Un día fui á ver el famoso Banco de Inglaterra, que tiene la miseria de novecientos empleados, á quienes da de sueldo la pobreza de seis millones, tiene en su caja la bagatela de cuatrocientos millones de oro y plata y conserva bajo una campana de vidrio un billete que vale la futesa de veinticinco millones. Entré en la gran sala donde se hacen los pagos. Cien empleados asomados á otros tantos ventanillos distribuyen con rapidez de prestidigitadores el oro y la plata á pilas, á puñados y á palletadas, y los que cobran llenan los bolsillos y sacos y huyen como ladrones, lanzando alrededor miradas de desconfianza. Hay que ver los relámpagos, las sonrisas, las ligerísimas contracciones de entrecejos y labios y los mil movimientos inexplicables, pero muy expresivos, de las caras á la vista de aquel oro. Hay que ver cómo aquel oro se desliza, fulgura, brilla y produce *tintinios*, que parecen risas de alegría, y hace toda clase de diabluras, tanto, que parece animado y con picardía.

También yo, ante aquel espectáculo, sentí por primera vez una turbación culpable, y puse una cara, que si alguno me hubiese visto en aquel punto, hubiera gritado:

—¡Arrastradlo!— ¡Aquel sentimiento no lo habría experimentado á los diez y ocho años! Á aquella edad no se nos pasa por el pensamiento ser ricos. La juventud, como dijo un gran poeta, es un *esperar misterioso*, y entre las mil cosas que se esperan, en un porvenir indeterminado y lejano, está también la de hacerse rico. Todavía se espera vagamente en la herencia de parientes desconocidos y en los manejos de billetes de Banco que se encuentran sobre la mesa de noche, al volver del teatro, enviados no se sabe por quién. Pero cada año que pasa se deshace una palabra de estas fantásticas promesas de la imaginación, y entonces la vista del oro hace pensar y despierta deseos melancólicos, no por amor al ocio, sino á aquella querida independencía que el trabajo obligado nos quita, y para poder trabajar diez años en un libro, para tener en casa cuatro maestros de lenguas, para hacer un viaje por África y para poder ofrecer con el amor una diadema de rubíes y un palacio de granito.

* *

El mismo día fui á visitar la renombrada cervecería de Barklay, que paga una con-

tribución de cuatro millones y medio de pesetas y consume cada año trescientos mil hectolitros de cebada.

Después de haber andado un poco por las calles de un distrito de Southwark en busca de la puerta, pregunté, y con gran asombro mio me hicieron comprender que ya estaba en la cervecería y que no había hecho más que pasear entre sus paredes. —¡Pues llamadla ciudad de Barklay!— dije al guarda que me acompañaba. El flemático inglés se sonrió y se deshizo por gratitud en minuciosas explicaciones, haciéndome pasar por los interminables laberintos de aquellos edificios, en torno de lagos de espuma y entre botas titánicas y fragorosas cascadas de cerveza; y cuando por fin le pedí un poco de tregua para mis piernas, me condujo á descansar á un alto terrado, desde el cual, señalando con el brazo extendido, como un general su campamento, aquel gran espacio de casas, almacenes, cuadras, graneros y patios que forman la cervecería de Barklay:—¡Hé aquí, dijo con orgullo, la más grande cervecería de la tierra!

* *

Aquella misma noche volví á pasar por delante del Banco de Inglaterra; vi la Bolsa, me detuve un rato á contemplar aquel circulo de encrucijadas, donde hierve el gran comercio de Londres, y después, impresionado por aquel espectáculo, volví á casa agitado por un afán jamás sentido de dedicarme á los negocios y de amontonar riquezas.—¡Escribir!—decía para mis adentros.—¡Lo que se necesita es hacer!—¿Qué es esto de pasar la vida despachando palabras? Esta es una vida retórica. Hay que trabajar en algo sólido; gracias á Dios, todavía estoy á tiempo. Hay otros muchos que se han dedicado al comercio más tarde que yo y han llegado á hacer fortuna. Cuando vuelva á Italia, me moveré, buscaré, haré algo. ¿Se reirán mis amigos? ¡Que se rían! También yo me reiré cuando construya una quinta en Fiesole... Veamos á qué *ramo* podré dedicarme. Hay que comenzar por poco: vinos, licores... no diré algodón...

En aquel momento me pareció ver un dedito blanco que me señalaba y oír una voz burlona preguntarme:—¿Tú?—Entonces me eché á reír y renuncié al comercio.



IV

PARA ver bien los Museos de Londres es preciso ser rico, poder instalar cómodamente los reales en la gran ciudad por espacio de un año; de lo contrario, las visitas á los Museos resultan marchas forzadas. Me parece estar todavía recorriendo las salas interminables de aquel emporio universal que se llama el Museo de South Kensington, esperando siempre, al entrar en una nueva sala, que aquella sea la última, y dejando caer los brazos al ver otra enfilada, apenas llegado á la puerta. Todo lo más que puedo hacer es acordarme de los famosos cartones de Rafael y de un admirable *Hamlet* de Lawrence, que me detuvo en un corredor para proponerme el tremendo enigma.

No ofrece el mismo inconveniente el pequeño Museo de Pintura de la plaza de Trafalgar, y todavía estoy viendo aquellos inmortales esposos de Hogarth que le valie-